



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Ignacio B. Anzoátegui

Tumbas
Vidas de Muertos
y Payasos Ilustres

Ediciones  UACH
Colección Biblioteca Luis Oyarzún

Prefacio de Christian Ferrer
Selección y edición de Yanko González C.
y Ricardo Mendoza R.

Esta primera edición en Chile en 500 ejemplares de

TUMBAS

Vidas de Muertos y Payasos Ilustres

de Ignacio B. Anzoátegui

prefacio de Christian Ferrer

selección y edición de Yanko González C. y Ricardo Mendoza R.

se terminó de imprimir en noviembre de 2024

en los talleres de Grupo Donnebaum

☎ (56-2) 24894800

www.donnebaum.com

para Ediciones Universidad Austral de Chile

☎ (56-63) 2444338

www.edicionesuach.cl

Valdivia, Chile

Dirección editorial

Yanko González Cangas

Cuidado de la edición

César Altermatt Venegas

Diseño y maquetación

Silvia Valdés Fuentes

Fotografía de portada

Estilización gráfica de fotografía capturada por Charles W. Bailey, Jr.

a la tumba del poeta Charles Boudelaire, cementerio de Montparnasse, París, Francia

Todos los derechos reservados.

Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos

debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Herederos de la familia Anzoátegui

© Christian Ferrer, del prefacio

© Yanko González C. y Ricardo Mendoza R., de la selección y edición

© Universidad Austral de Chile, 2024

ISBN: 978-956-390-269-3

801.95 - Crítica de la literatura / DS - Literatura: historia y crítica

🍷 Agradecimientos especiales a Javier Anzoátegui,
sobrino de Ignacio B. Anzoátegui, por sus gestiones y generosidad 🍷

CONTENIDO

PREFACIO 17

El Cruzado 17
(por Christian Ferrer)

PRIMERA PARTE 41

José Mármol (1817-1871)	43
Lugones [Leopoldo] (1834-1938)	52
Almafuerte [Pedro Bonifacio Palacios] (1854-1917)	53
Rubén Darío (1867-1916)	61
Amado Nervo (1870-1919)	66
Gabriela Mistral (1889-1957)	70
Victoria Ocampo (1890-1979)	70
Pablo Neruda (1904-1973)	70
Esteban Echeverría (1805-1851)	71
Benito Juárez (1806-1872)	77
Juan Bautista Alberdi (1810-1894)	78
Domingo F. Sarmiento (1811-1888)	94
Olegario V. Andrade (1839-1882)	99
José Enrique Rodó (1871-1917)	105
Evaristo Carriego (1883-1912)	110

SEGUNDA PARTE 113

Homero (s. VIII a. c.)	115
Los siete sabios de Grecia	
(alrededor del 620 - 550 a. c.)	115
Pitágoras (570 a. c. - 490 a. c.)	115
Heródoto (484 a. c. - 425 a. c.)	116
Sócrates (470 a. c. - 399 a. c.)	117
Platón (427 a. c. - 347 a. c.)	121
Aristóteles (384 a. c. - 322 a. c.)	121
Anónimo	121
Cicerón (106 a. c. - 43 a. c.)	122
Séneca (4 a. c. - Roma, 65 d. c.)	122
Petronio (14-27 d. c. - c. 65 d. c.)	122
Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566)	123
Calvino (1509-1564)	127
Pedro Corneille (1606-1684)	132
Voltaire (1694-1778)	137
El Giotto (1267-1337)	142
Rubens (1577-1640)	142
Rembrandt (1606-1669)	142
Goya (1746-1828)	143
Donizetti (1797-1848)	143
Chopin (1810-1849)	143
Liszt (1811-1886)	143
Verdi (1813-1901)	144
Toulouse-Lautrec (1864-1901)	144
Gabriel Miró (1879-1930)	144
Le Corbusier (1887-1965)	145
Mozart (1756-1791)	145
Tchaikovsky (1840-1893)	145
Carlos Gardel (1890-1935)	146

Ingmar Bergman (1918-2007)	146
Galeno (129 - c. 201/216)	146
Newton (1643-1727)	147
Buffon [Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon] (1707-1788)	147
Edison (1847-1931)	147
Descartes (1596-1650)	147
Adam Smith (1723-1790)	148
Augusto Comte (1798-1857)	148
Schopenhauer (1788-1860)	148
Laura de Noves (1310-1348)	149
Francois Villon (1431/32-1463)	149
Erasmus (1466-1536)	149
San Raimundo Lulio (1232/35-1316)	150
Nebrija [Antonio de] (1444-1522)	150
Torcuato Tasso (1544-1595)	150
Romeo y Julieta	151
Cervantes (1547-1616)	151
Lope de Vega (1562-1635)	152
Milton [John] (1608-1674)	152
Molière (1622-1673)	152
Daniel Defoe (1660-1731)	153
El marqués de Sade (I) (1740-1814)	158
El marqués de Sade (II)	158
Werther [<i>Las penas del joven Werther</i> (1774), obra de Johann Wolfgang von Goethe]	159
Lord Byron (1788-1824)	159
Shelley [Percy Bysshe] (1792-1822)	159
V́ctor Hugo (1802-1885)	159
Juan Cristian Andersen (I) (1805-1875)	160
Juan Cristian Andersen (II)	161
Hartzenbusch [Juan Eugenio] (1806-1880)	166

Campoamor [Ramón] (1817-1901)	166
Walt Whitman (1819-1892)	166
Baudelaire (I) (1821-1867)	167
Baudelaire (II)	167
Goncourt [Edmond de] (1822-1896)	167
Juan Valera (1824-1905)	167
Tolstoi (I) (1828-1910)	168
Tolstoi (II)	172
Castelar [Emilio] (1832-1899)	172
Anatole France (1844-1924)	172
D' Amicis (1846-1908)	172
Oscar Wilde (1854-1900)	173
Menéndez y Pelayo (1856-1912)	173
George Bernard Shaw (1856-1950)	174
Conan Doyle (1859-1930)	174
Rabindranah Tagore (1861-1941)	174
Rudyard Kipling (1865-1936)	175
Blasco Ibáñez (1867-1928)	180
Claudel [Paul] (1868-1955)	180
Guy de Chantepleure (1870-1951)	180
Azorín [José Martínez Ruiz] (1873-1967)	180
Ana de Noailles (1876-1933)	181
Pedro Muñoz Seca (1879-1936)	181
Federico García Lorca (1898-1936)	182
Walt Disney (1901-1966)	182
Greta Garbo (1905-1990)	182
Agustín de Foxá (1906-1959)	183
Moisés	183
Zeus	183
Leda	183
Helena de Troya	184
Ícaro	184

Edipo	184
Luzbel	185
Judtih	185
Agar	185
Sanzón	186
San Gabriel	186
Caín	186
Thais	187
Alí Babá	187
La reina de Saba	187
Buda (563 a. c. - 483 a. c.)	188
Creso (c. 595 a. c. - c. 546 a. c.)	188
Herodes (37 a. c. - 4 a. c.)	188
Poncio Pilato (12 a. c. - 36/39 d. c.)	189
Catón (234 a. c. - 149 a. c.)	193
Nerón (37 d. c. - 68 d. c.)	193
Eric el rojo (950-1003)	193
Gengis Khan (1162-1227)	194
Guillermo Tell	194
Muñoz-Velasco	194
Beltrán de la Cueva (1439-1492)	195
Elcano (1476-1526)	195
Juana la loca (1479-1555)	195
Gresham [Thomas] (1519-1579)	196
Drake [Francis] (1540-1596)	196
María Estuardo (1542-1587)	196
Juan de Austria (1547-1578)	197
Mambrú [John Churchill, primer duque de Marlborough] (1650-1722)	197
Luis XV (I) (1710-1744)	197
Luis XV (II)	198
Carlos III (1716-1788)	199

Catalina de Rusia (1729-1796)	204
Marat [Jean Paul] (1743-1793)	204
Brillant-Savarin [Jean Anthelme] (1755-1826)	204
Godoy, príncipe de la paz (1767-1851)	205
Napoleón (1769-1821)	205
Paulina Bonaparte (1780-1825)	205
Bolívar (1783-1830)	206
Fernando VII (1784-1833)	206
Garibaldi (1807-1882)	206
Lincoln (1809-1865)	207
Rockefeller [John] (1839-1937)	207
Clemenceau [Georges Benjamin] (1841-1929)	207
Guillermo II (1859-1941)	208
Winston Churchill (1874-1965)	208
Harry S. Truman (1884-1972)	209
Frei [Eduardo] (1911-1982)	209

PREFACIO

*El Cruzado*¹

Por Christian Ferrer²

Ha llegado el momento de recordar al hombre que su ocupación sobre la tierra no es la de vivir la vida sino la de vivir la lucha. Y para luchar es necesario saber que el enemigo existe y que se llama el Diablo.

Ignacio B. Anzoátegui

I

*I*gnacio Braulio Anzoátegui fue poeta, activista intelectual del nacionalismo católico, juez, ensayista, biógrafo burlón y epigramatista vitriólico, quizás en ese orden. Y fue, ante todo, un creyente que juzgaba a hombres y acontecimientos según la actitud demostrada ante la fe y las sagradas escrituras. La fe de siempre, porque el Dios sentimental erigido a imagen y semejanza del hombre moderno le parecía una débil maqueta del verdadero. Quizás la Edad Media, época a la que defendió y ensalzó, fuera la época en la que hubiera preferido vivir, pues en la imaginación social y en la disposición intelectual de Anzoátegui cabalgaba un cruzado. Su catolicismo era tradicional y tradicionalista, muy lejano, opuesto en verdad, a las renovaciones del dogma que el Concilio Vaticano II promovió en la década de 1960 y que fuera objeto de su animadversión. Y ya en tren de rechazos, también le

.....
1 Una primera versión de este prefacio fue publicada en Anzoátegui, Ignacio, 2005. *Vidas de muertos*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional, colección Los Raros.

2 Sociólogo, académico y ensayista argentino, nacido en Chile (1960). Sus líneas de investigación abordan las redes de poder, la libertad, las sociedades de control y el anarquismo; cuenta con diversas publicaciones monográficas y compilatorias y ha integrado grupos editores de revistas académicas, libertarias y culturales.

repelían Lutero, Calvino, Mahoma, el Sanedrín y Buda, e incluso Fray Bartolomé de las Casas, pues Anzoátegui no era hombre de medias tintas.

Nació en La Plata, pero su familia llevaba siglos afincada en la provincia de Salta, sede de una aristocracia estancada en la época de las aduanas secas; y si se remontan las ramas del árbol más allá de América encontraríamos Anzoáteguis en el país vasco. En un poema dedicado a la fundación de la ciudad de Salta se la enaltece como «aventura del catecismo y la espada, para gloria de una raza». La raza era la hispana, y el catecismo, justificación y ennoblecimiento de la espada. Se diría que su pluma asumía la forma de una cruz, o de una pica clavada, porque Anzoátegui fue un autor belicoso que no temía recurrir a las zonas más peligrosas del arsenal de la lengua. Su estado mental era litigioso, como suele serlo el de los abogados, que también lo fue, y por la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, donde alguna vez llegaría a ser profesor adjunto de Derecho Civil.

La característica de creyente perfiló los confines de su obra y dio impulso a sus escaramuzas intelectuales. De esta primera asunción se desprenden su preferencia por el revisionismo histórico y el nacionalismo católico, tanto como su hispanismo atrabiliario y su feroz antisemitismo. Un cristianismo que resulta ser, por momentos, antediluviano, de los tiempos de maricastaña. De no ser por su gusto por la paradoja y por su conformidad con formas modernas del caudillaje, Anzoátegui hubiera merecido nacer mucho tiempo atrás, cuando Cristo estaba en marcha, haciendo prosélitos y desembarcando la buena nueva. El apolillamiento del mensaje divino por obra y gracia del sacerdocio perezoso no le concernía, como

tampoco era suya la batalla por remozar la misa, el lenguaje y la ideología de la Iglesia. «Peluqueros»: así estimaba a los obispos reunidos en concilio por el Papa Juan XXIII, y a la clerecía «dialogante» anteponía la iglesia militante. La fe custodiada por Anzoátegui era la original, tan angustiada como entregada a la misericordia divina, que sabe que también el diablo dispone de un lugar asignado en la vida de la Creación.

En algunos pasajes y en algunos versos exponía una admiración casi panteísta por la obra divina, a la cual imaginaba como un «complicado parque de diversiones», idea coherente con el Dios refulgente y milagroso de cierta teología medieval y no con el severo Dios de los protestantes ni con el «Dios domador de circo» de los judíos. La guerra de Anzoátegui oponía bloques espirituales uno contra el otro —«el ruiseñor angélico contra el diabólico papagayo del paganismo»— y la Biblia era su vara de medida. La idea al uso de «choque de civilizaciones» ya estaba presente en los escritos de Anzoátegui, entendiéndose que la civilización auténtica era la española y ninguna otra, convicción que no le restaba fervor a la hora de saludar, rememorar o defender a la Alemania nazi o la Italia fascista, supuestos muros de contención del ateísmo: «Es la guerra del hombre redimido contra el hombre desesperado, del sueño occidental contra la blasfemia oriental». Lo dice en enero de 1946 durante una conferencia dada en la Escuela de Mandos de la Falange Española. «Para equivocarse —decimos los anti-liberales— es necesario equivocarse apasionadamente, porque la pasión es la única explicación del error». No es seguro que el argumento le sirva a Anzoátegui de excusa en su propio y magno juicio.

II

Fue el «niño terrible» de la derecha argentina. Cáustico y caprichoso, batallador y sarcástico, tajante e ingenioso, intolerante e irreverente a la vez, se diría que redactaba con estoque al ritmo del sonsonete. Su idea de la crítica no supone la disposición constructiva, muy por el contrario: «No respetar las ideas ajenas sino cuando coinciden con las propias» era uno de sus apotegmas favoritos, que no desentona con esta «florecilla espiritual» que le servía a modo de máxima: «Hoy mismo mandar a alguien al carajo». Se comprenderá que un talante en el cual confluyen la postura beligerante, el empleo mortífero de la paradoja y una dosis de desparpajo haya descollado en el arte de injuriar al adversario. Una vez localizado el punto débil del afectado, Anzoátegui lo zahería con violentos retruécanos o lo ridiculizaba a partir de un detalle biográfico, refutándolo con mordacidad y malicia. Y con eso —a veces pegaba en el clavo y otras veces no pasaba de ser, apenas, un ocurrente—. El argumento de Anzoátegui es *ad hominem*, y por eso sus ideas suelen acabar en exabrupto, y viceversa. En tanto los retratados, o más bien condenados, eran enemigos de su fé, una buena pizca de injusticia premeditada interviene en el delineado de los prontuarios, que solían ser breves y concisos. Cada «gran hombre de la historia» que comparecía ante el tribunal de su conciencia, que tendía al antojo más que a la coherencia o la equidad, estaba expuesto a escuchar un fallo arbitrario fundamentado en prejuicios abismalmente parciales o en la normativa bíblica. Da la impresión de ser un centinela de la cristiandad en estado de alerta existencial

y predispuesto a desenvainar, quizás el florete, que es el arma que conviene a un estilista.

Se desempeñó en la magistratura entre 1937 y 1955, primero como secretario de juzgado, luego como asesor de menores e incapaces, y al fin como juez, en el fuero civil y en la Capital Federal. Había escrito que «la tolerancia no es equilibrio, sino haraganería humana», y no vacilaba en tomar partido, en el entendimiento de que únicamente su partido tenía razón, pues la Biblia no era para él ficción sino verdad revelada. Y a los de enfrente —o se los convierte o se los combate—. El tono al que recurría era lírico si le concernía la salvación, combativo cuando terciaba defender a la cruz, burlón cuando hacía fintas en torno de un contemporáneo, implacable al juzgar a los enemigos de otros tiempos, bronco en general. Se justificó a sí mismo: «A los personajes históricos los tomo, sí, de la vida, pero al hacerlos míos, los hago ficticios». No tanto, pues los títeres que decapitaba actuaban sobre un tablado político muy pero muy realista: «El circo es el mundo inhabitable que habitamos, circo que los hijos de los payasos dirigen tranquilamente a sueldo de los empresarios, olvidando que ellos son los hijos de los payasos».

Aunque compartía con Gilbert K. Chesterton la imaginación paradójica y con Friedrich Nietzsche el tono de furia sagrada, carecía del espíritu de bonhomía y ecuanimidad del primero, así como desconocía el amplio rango de problemas que abarajaba el filósofo alemán. El recurso a la coloquialidad criolla o los rejuntes fantásticos por el cual maestras normales, inmigrantes italianos e inofensivos gorriones pueden ser metidos en la misma bolsa a modo de descalificación transforma sus ensayos

en opúsculos ingeniosas y poco solemnes, pero sus temas son siempre los mismos, y, a fin de cuentas, monótonos. Su santabárbara de la lengua termina por hastiar: hombrías de bien, señoríos, valentías, hachas, espadas flamantes, revuelos de cuchillos, guantes de hierro, varones entreverados, charreteras, fustas, cargas a muerte, pistolas gatilladas, sin exceptuar regimientos de ángeles lanzafuegos. Una vez escribió que «la rabia contenida es el odio irredento». La fábula parece hablar de él mismo.

III

«Sirvió para demostrar que se podía ser católico sin ser tonto»: eso es lo que Anzoátegui dijo de la revista *Criterio*, en la que colaboraba hacia 1930 y haciéndose de un nombre entre los lectores de la prensa conservadora. Pero antes que la revista en sí misma, y como rescoldo de su gestación, existían desde 1922 los Cursos de Cultura Católica, a los que Anzoátegui rememoró al final de su vida como baluartes contra «la heredosífilis liberal y la chivatería masónica». Los cursos eran fogoneados por Tomás Casares y Atilio Dell’Oro Maini, y con ellos se pretendía dar forma a una *intelligentzia* católica a fin de suplir la ausencia de un partido político confesional, ambición siempre frustrada. La revista oficial de los cursos se llamaba *Ortodoxia*, pero por ese tiempo existían muchas otras publicaciones conservadoras, entre otras *La Fronda* —casi perenne— y *La Nueva República*, donde colaboraron los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio y César Pico. Son nombres que se repetirán y entrecruzarán en la historia intelectual del conservadurismo, y cada uno abrirá diversos cauces a la revisión de la historia

argentina o incursionará, con suerte dispar, en política. Ignacio Anzoátegui se integró al nacionalismo católico, subespecie «hispanista».

Criterio apareció el 8 de marzo de 1928, presentándose como revista literaria y de ideas dedicada a restaurar «la disciplina cristiana en la vida individual y colectiva». El director era Dell'Oro Maini y lo secundaban Tomás Casares, Faustino Legón y Emiliano Mac Donagh. Allí publicaron Francisco Bernárdez, Jorge Luis Borges, Julio Irazusta, Ernesto Palacio y Manuel Gálvez, y entre los ilustradores sobresalía Juan Antonio Ballester Peña. Pero, en enero de 1930, una parte del grupo se escinde y funda *Número*, dirigida al comienzo por Julio Fingerit y luego por un triunvirato conformado por Osvaldo Dondo, Mario Mendioroz e Ignacio Anzoátegui. Era, naturalmente, una revista católica también, pero quizás menos dogmática que *Criterio*. Se incluyeron ilustraciones de Héctor Basaldúa y de Norah Borges. La revista desapareció con el número 24, de diciembre de 1931, no sin antes dar a conocer esos obituarios descarnados que Anzoátegui luego recolectaría en *Vidas de muertos*.

La generación de hombres argentinos que se dejó llevar por estos afluentes creía que el mundo del liberalismo estaba caduco y que ya estaba amaneciendo un «nuevo orden». No eran los únicos. La «mano fuerte» dejaba de ser un excéntrico requisito político latinoamericano y Benito Mussolini, Adolf Hitler y Miguel Primo de Rivera ya estaban encaramados en lo más alto —y por las malas—. A su vez, los intelectuales conservadores se remozaban y daban batalla en dos frentes, contra liberales y contra izquierdistas. Anzoátegui creía en «el mando ganado por derecho de mando y en la obligación de mandar

que tienen los hombres que saben mandar», y también en la aristocracia, que sería «una virtud de la sangre que se transmite por la sangre o que se conquista por el sacrificio de la sangre». En otras palabras, es un atributo de los pueblos —o de tiempos— guerreros. Luego del golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 buena parte de esos hombres adquirirían renombre y ascenderían a la función pública junto al General José Uriburu («todo un señor»), aun cuando el pragmatismo posterior del presidente Agustín P. Justo decepcionara a los idealistas de tal toma súbita y violenta del poder. También Anzoátegui asumió funciones en el nuevo gobierno. Fue secretario de la presidencia del Consejo Nacional de Educación, donde redactó el Digesto de Instrucción Primaria, y luego secretario de la intervención nacional al gobierno de la Provincia de Corrientes. Asimismo, fue subsecretario de Cultura de la Nación. Escribió: «Una revolución es un acto de cirugía política donde el bisturí es la espada y donde la decisión de facto de un cirujano audaz suplente la indecisión de derecho de los críticos solemnes y enchisterados». Y agregó: «Nada más antipatriótico que la legalidad en las situaciones de urgencia».

Durante medio siglo Anzoátegui publicó en diversas publicaciones de la derecha conservadora, entre ellas *Sol y Luna*, dirigida por Mario Amadeo, a la que se integró en 1938. En esa revista, y en 1940, se publicó la siguiente y curiosa proclama redactada por Anzoátegui: «Acción Monárquica se propone instaurar en la Argentina la monarquía absoluta hereditaria. La monarquía no es el gobierno de un hombre imbécil que tiene un hijo imbécil; es el gobierno de un hombre digno que tiene un hijo digno. Acción Monárquica no pretende levantar un trono

y llamar para ocuparlo al representante de una familia más o menos degenerada: pretende preparar el advenimiento de un dictador capaz de engendrar un hijo dictador». La alcurnia debía importarle, pues todavía en 1962, y prologando una antología de Manuel Gálvez, enfatizó su pertenencia a la «aristocracia americana», y esto sin mencionar las guirnardillas que aquí y acullá dedicó a la reyecía de tiempos idos. Ese panfleto tenía un tono burlesco, pues si verdaderamente pretendían un gobierno católico, monárquico y corporativo, a la usanza gallega, se tuvieron que conformar con Juan Domingo Perón. Es lo que había.

IV

En 1976 redactó estos versos a modo de homenaje:

*Mientras la oligarquía andaba a cuatro patas
pordioseando una libra y empeñando el laurel
usted iba llenando los atrios de alpargatas
y enseñando a los hombres a cumplir su papel
por eso en su memoria yo me saco el sombrero y le llamo señor.*

Es lo más parecido a un arrepentimiento tardío. Se refería a Hipólito Yrigoyen, derrocado por los cuates de Anzoátegui.

V

Los enemigos de Anzoátegui eran legión: los liberales, los masones, los franceses, el progresismo, los ingleses —de quienes admira su irreductibilidad—, los protestantes, el romanticismo, los judíos, el Concilio Vaticano, la época